

DE LICURGO A LENIN

EXPERIMENTOS DE COMUNISMO

Poniéndose acertadamente en el supuesto de que una regeneración social inmediata y *en blok*, aunque deseable quizá, resulta imposible, Ralph Adams Cram sugiere en su libro *Walled Towns* (Ciudades amuralladas) la idea de un aislamiento de los hombres de mente superior. Estos vivirán en ciudades «amuralladas,» inaccesibles a otros, y de las cuales se propagaría su influencia al medio circundante, donde imperaría aún el antiguo sistema, hasta que se reformara la sociedad entera. La vida sería muy pintoresca y grata en estas aisladas ciudades que poseerían una organización social análoga a la del estado católico medioeval, pero dotada por supuesto de muchas mejoras modernas. Los disturbios obreros quedarían eliminados mediante el establecimiento de gremios de artesanos; la industria produciría sólo para el uso y no para el lucro; y la maquinaria industrial, toda eléctrica (allí no se permitirían feos y humeantes chimeneas), sería propiedad pública. Restringiríase rigurosamente la función del capital, aunque bien se aceptaría la propiedad privada y una limitada acumulación de riquezas. Más interesante aún que los detalles del plan social de R. A. Cram es la teoría que le sirve de fundamento, pues los pobladores de estas ciudades amuralladas practicarían una especie de nuevo monacato (que no impondría a todos el celibato o ascetismo). Tiempo es ya de que reaparezca el monacato como una fuerza salvadora de la sociedad.

Cram sugiere esta solución de los presentes males sociales como un término medio entre la vana democracia del capitalismo y el bolchevismo. En cuanto a la necesidad de seguir ese camino, no faltará quienes ar-

guyan que es posible allanar las imperfecciones de la democracia, al menos de la democracia norteamericana, llenar sus vacíos, reparar sus puentes, y utilizarla por largo tiempo todavía. En estas líneas nos proponemos demostrar que la alternativa del bolchevismo es un craso error, según lo han comprobado las ruinas que ha dejado a su paso en el curso de la historia. Lenin no ha sido el primero en proclamar esta *Eureka*; desde el comienzo de lo que llamamos civilización todos los reformadores sociales consideraron un remedio natural la abolición de la propiedad privada. El bolchevismo o comunismo, ya en forma de doctrina, ya de experimento práctico, es tan antiguo como la monarquía o la república. El profeta ruso fue precedido por una larga serie de precursores y una serie no menos larga de fracasos. Filósofos o visionarios, hombres de buena fe o aventureros, los apóstoles del comunismo han rematado invariablemente en el desastre; y las excepciones (debemos tener excepciones para comprobar la regla) se encuentran sólo en el caso de pequeñas asociaciones de personas unidas por un hondo lazo religioso. Si el gobierno de Lenin subsiste en Rusia todavía, es solamente porque, al verse amenazado con el derrumbamiento, salvóse abandonando los principios del comunismo y cayendo nuevamente en los del capitalismo.

Los experimentos comunistas se realizaron especialmente en momentos de graves crisis económicas o políticas, y como violenta protesta de las víctimas de injusticias sociales o como visión de místicos; nunca pasaron de ser sueños pueriles que persiguieron El Dorado a través de sendas sembradas de cadáveres. De todos estos experimentos se deriva una conclusión inevitable. La historia se repite monótonamente de Licurgo a Lenin, de Mazdak a Beda Kun, de Platón a Cabet; planes seductores, un gran poder para la destrucción, pero siem-

pre una incapacidad fundamental para la labor estable, fecunda.

El experimento comunista más antiguo de que se tiene memoria se llevó a cabo en el siglo decimotercio antes de Jesucristo (una centuria antes de la guerra de Troya) en la isla de Creta. Desde luego, se concibe lógicamente que en tiempos más antiguos todavía existiera alguna forma de comunismo práctico. En realidad, mientras más nos remontemos en la antigüedad tanto más probable será que encontremos el *omnia communia*, siempre que cada miembro de la sociedad haya podido apoderarse y conservarla. En cambio, los cretenses establecieron un comunismo político, definido por la ley. El sistema comprendía una federación de ciudades republicanas, cada una administrada por un comité permanente; algo bastante parecido a los *soviets*. Abolióse la propiedad privada, y el suelo era cultivado por una especie de siervos del estado; éste sostenía públicamente a los ciudadanos libres, cuyas ocupaciones se confinaban a la política y a la milicia. A causa de la emulación entre las ciudades, tal orden de cosas pronto terminó en una carnicería general.

En el siglo noveno antes de Jesucristo, Licurgo aplicó en Esparta las teorías cretenses con mejor fortuna, pues adoptó leyes más despiadadas. Bajo el régimen de Licurgo el estado lacedemonio se basaba en el trabajo obligatorio de los ilotas, y su organización tenía la guerra por objeto principal. No parece posible inducir a los modernos labriegos rusos a realizar la labor de los ilotas y sostener a sus camaradas, los obreros fabriles y los soldados. Sin embargo, el experimento espartano fue de corta duración, aunque ha dejado profundas huellas en la literatura y un mote hartamente engañoso: «simplicidad espartana.»

En el siglo sexto antes de Jesucristo, Pitágoras y sus discípulos llevaron una vida virtualmente comunista; pero el ejemplo y las enseñanzas del maestro apenas ejercieron influencia. El maestro original de la teoría del comunismo en la antigüedad fue Platón, quien ha inspirado todos los ulteriores ensueños utópicos. La *re-pública* de Platón constituye un vasto plan de organización; mas la concepción platónica misma se limitaba a la idea griega de la ciudad-estado, y requería el *sine qua non* de la esclavitud. No obstante el prestigio del nombre de Platón, ninguna ciudad en Grecia ni en Sicilia se mostró dispuesta a poner el plan a prueba.

Se ha dicho que siendo pueblos prácticos los romanos y los hebreos, no conocieron el comunismo, y que su ejemplo debiera tenerse en cuenta. Sin embargo, desde el siglo segundo antes de Jesucristo hasta el primero de la era cristiana encontramos en los judíos la misteriosa secta de los esenianos. Bien puede ser que se haya exagerado su carácter, número e influencia; con todo, sus aldeas, organizadas bajo un sistema de comunismo religioso con tendencia al ascetismo, subsistieron durante varios siglos, y los esenianos abastecieron todas sus sencillas necesidades económicas con su propio trabajo, desechando la guerra y sus instrumentos. Los esenianos no brindan un ejemplo de completa organización social pues practican el celibato; pero en otros respectos presentan vasta superioridad en comparación con los experimentos y las teorías de los griegos. Conviene observar aquí que el comunismo inspirado por la religión difiere de otras formas de comunismo, no sólo porque ofrece un «motivo» para ese sistema particular de vida, sino porque, cosa probablemente más importante, tal orden social no tiene por objeto dar a sus secuaces la mayor suma posible de bienes materiales sino abastecer

meramente sus necesidades. Sirve para nivelar la pobreza, y no la riqueza.

El cristianismo primitivo ha sido perentoriamente absuelto de la acusación de comunismo. Bien puede ser que algunas de las iglesias de aquella época mantuvieran un tesoro común, y sus discípulos recibieran el consejo de añadir cuanto poseían a los bienes de la comunidad; pero éste era un acto absolutamente voluntario, sin que jamás se negara el derecho de propiedad privada. Aunque se declararan en contra del *frigidum illum verbum, meum et tuum*, los padres de la iglesia no formularon teoría alguna de comunismo general. Durante los primeros siglos de la era cristiana el comunismo fue practicado por ermitaños y ascetas e incorporado a la constitución de órdenes religiosas, algunas de las cuales han continuado observándolo hasta el presente, aun en su más amplio espíritu. Su éxito en semejantes casos restringidos y selectos no demuestra que sea aplicable a la sociedad entera. «Cada cual debe contribuir con cuanto pueda y recibir lo que necesite»: tal sería una espléndida norma social si todos los hombres fueran capaces de reprimir sus deseos y aumentar la utilidad de sus servicios.

Mientras la corriente principal del comunismo corrió libre de teorías sociales comunistas, los canales de la herejía se desviaron con frecuencia hacia aquel terreno peligroso, especialmente después del año 1000 de la era cristiana. Fuera de la cristiandad en aquellos tiempos, sólo se registra un brote aislado de comunismo durante un largo período de siglos: la secta encabezada por Mazdak, sacerdote nigromántico nacido en Persépolis el año 470 de la era cristiana aproximadamente. Mazdak predicó la comunidad de bienes y de mujeres, si bien su plan comprendía algunas normas ascéticas. Llegó a a tener muchos millares de partidarios, y aun el rey

Kobad de Persia convirtiéndose por algún tiempo a su secta, pero luego cambió de criterio condenando a cruel extinción a sus antiguos camaradas.

Las sectas heréticas en el período anterior a la Reforma recomendaron a menudo la necesidad de la pobreza como medio de salvación. Los rasgos comunistas que presentan tales doctrinas no constituyen en realidad un sistema sociológico: implican sólo una renunciación general de los bienes mundanales. Entre esas sectas figuran los cátaros en el siglo undécimo, los apóstoles en el siglo décimotercio, los adamitas y los husitas en el siglo décimo quinto. Aunque tuvieron importancia en la historia política de Europa, sus gestiones fueron demasiado aisladas y divergentes para atribuirseles el establecimiento de un nuevo régimen social.

Mucho más análogo al bolchevismo contemporáneo fue el anabaptismo, directo resultado de las doctrinas de Lutero. De la abolición de la autoridad eclesiástica poco distaban la abolición de la autoridad civil y la comunidad de bienes. La miserable condición de las clases trabajadoras, y particularmente de los labriegos, facilitó la enseñanza de teorías radicales extremas y desencadenó los horrores de la guerra de los aldeanos. En medio de este conflicto surgió la secta de los «neobautizantes.» Thomas Münzer, su enérgico representante, estableció sus cuarteles en Mulhausen (1525), procediendo a aplicar un programa comunista. Todas las riquezas fueron expropiadas y distribuidas entre el pueblo; los obreros cesaron de trabajar, viviendo de los fondos comunes, que parecían inagotables. De igual modo la Rusia de Lenin se ha sostenido durante un tiempo de reservas acumuladas. A la manera bolchevista, Münzer organizó un ejército y se preparó para imponer el comunismo a sus vecinos, quienes no parecían mostrarse del todo dispuestos a aceptar sin resistencia esa doc-

trina. Los príncipes alemanes comprendieron el peligro, y el año mismo de su encumbramiento, Münzer presentó la derrota de sus fuerzas, y fue hecho prisionero y ejecutado.

Sin embargo, ello no puso término a la campaña anabaptista, la cual se difundió extensamente en Polonia, Suiza, Holanda y parte de Alemania. Esta doctrina alcanzó su triunfo más notable en Münster (Westfalia), bajo la dirección de Juan de Leyden. Aquí se puso obligatoriamente en práctica la comunidad de bienes; y como el ejército rojo en Rusia, las legiones de Münster estaban destinadas a ser un medio de propaganda en el exterior. Inevitablemente hizo imperativo el secuestro de víveres y el consecuente abastecimiento de los pobladores por medio de agencias públicas. Se ahogó la libertad de la prensa, y un cuerpo de espías se encargó de impedir toda censura. Fue lo mismo que la *cheka* del *soviet* en Rusia, el insidioso, omnipresente sistema de espionaje que acalla la voz de todos los posibles adversarios. No obstante, debemos reconocer en Lenin lo que le corresponde: no parece probable que Lenin cometa los postreros excesos de aquel déspota siniestro, Johann Leyden, aunque no es inconcebible que como Johann de Leyden al hacerse coronar rey de la «Nueva Israel» considerándose destinado a gobernar el mundo entero, Lenin abrigue la esperanza de ser algún día supremo dictador del mundo, como representante del proletariado, por supuesto. El experimento de Münster tocó a su fin en 1535.

De los campos ensangrentados de la realidad los esfuerzos comunistas pasan más tarde a la serena región de las teorías filosóficas: la quimera no muere. Sir Thomas More publicó su *Utopia* en 1516; grande ha sido desde entonces el número de continuadores. Para citar sólo a los más famosos pensadores utopistas, recorda-

mos a Bacon con su *New Atlantis*, y a Campanella con su *City of the Sun* (ciudad del sol) en el siglo décimo-séptimo; al francés Mably y a Morelli en el siglo dé-dimoctavo. En el siglo décimonono, la edad de oro del comunismo, esta doctrina se inicia como una especulación filosófica y en parte como un experimento práctico. La revolución francesa amenazó por un momento tornarse comunista; mas el fracaso de la conspiración de Baboeuf ahorró a Francia ese nuevo terror. Para ser leales con la cronología debemos mencionar la aparición de la secta de los *doukhoboros* en la Rusia meridional a fines del siglo décimoctavo: sociedad comunista de fanáticos religiosos que ha podido sobrellevar muchas vicisitudes y persecuciones, llegando aun a trasplantarse a suelo extranjero. Asegúrese que en la Columbia Británica había aproximadamente diez mil de ellos en 1911. La secta existe todavía, aunque muchos miembros han abandonado la comunidad. En aquella época también se organizó la secta de los «shakers» ingleses, secta cuáquera disidente, que más tarde se difundiera en los Estados Unidos.

Pero no podemos pasar a referir la historia del comunismo en los Estados Unidos sin la mención honrosa de un afortunado episodio del comunismo, el único punto brillante en medio de una serie de desastres. El hecho ocurrió en la América del Sur. Nos referimos a la obra de los misioneros jesuitas en las «reducciones» del Paraguay. La organización social que establecieron duró siglo y medio (1608-1767), contando con más de cien mil almas. La *Catholic Encyclopedia* cita estas palabras: «Los jesuitas realizaron todo lo que es bueno sin nada de lo que es malo en los planes de los modernos socialistas y comunistas.» Esta organización de las misiones no fue destruida por debilidad intrínseca sino por la malhadada política de España. En el terreno mismo

en que aparecieran las admirables reducciones, se intentó formar un edén comunista en 1895 basado en principios humanitarios puros. El organizador, Willian Lane, lo denominó pomposamente la «Nueva Australia.» Pero los australianos fracasaron calamitosamente, y al fracaso agregóse un sarcasmo: los colonizadores que después de disuelta la comunidad perseveraron en una labor individualista han llegado a prosperar.

Las misiones jesuítas y franciscanas de California siguieron en la América del Norte la tradición de las reducciones del Paraguay; pero no tuvieron influencia en la sorprendente propagación de las doctrinas y las prácticas comunistas en los Estados Unidos durante el siglo décimonono. En primer término consideraremos el grupo mayor de comunidades, a las que llamaremos «salvacionistas.» Entre ellas sobresalen los «shakers,» que vinieron de Inglaterra a este país por primera vez en 1766 bajo la guía de la «madre» Ann Lee. La madre Ann organizó una comunidad completa en Mont Lebanon, Nueva York, en 1787; y desde entonces el número de comunidades ha aumentado a veintisiete, y el de miembros a cerca de setecientos.

Como éstos practican el celibato, la secta crece solamente por ingreso de nuevos miembros; y si bien son muchos los que ingresan, muy pocos son los que permanecen en la secta. La «madre» Ann Lee creía en un nuevo y cercano advenimiento; en realidad, llegó a proclamar la reencarnación de Cristo. En esto la imitó Eric Janson, quien fundó una comunidad de suecos en Bishop Hill, Illinois, en 1846. Sin embargo, la comunidad no sobrevivió a la muerte de su fundador en 1850. La esperanza en el advenimiento de Cristo ha inspirado la creación de muchas otras comunidades, algunas de ellas de escasa importancia, como «Celesta,» organizada por Peter Armstrong en Pensilvania (1852), y que sólo duró

unos cuantos años; y «Adonai-Shomo,» establecida por F. T. Howland cerca de Boston en 1864, y que prosperó hasta 1896, pero siempre con un número muy pequeño de miembros.

De mucha mayor importancia fueron las colonias de Harmony en Indiana (1814) y Economy en Pensilvania (1825), organizadas por George Rapp, quien encabezara un grupo de disidentes religiosos procedentes de Würtemberg. Estos hombres frugales labraron grandes haciendas, construyeron viviendas hermosas, fábricas y talleres. Hacia mediados del siglo décimonono Economy era una tierra pácifica y floreciente donde vivían cerca de dos mil almas en unión cristiana. Pero más tarde sobrevinieron disturbios, especialmente después de la muerte del fundador en 1847, y la sociedad acabó por disolverse. Nuevos inmigrantes de Würtemberg y algunos separatistas de Economy instituyeron en Ohío la aldea de Zóar que subsistió desde 1819 hasta 1898.

El pueblo alemán parece ofrecer el material más adecuado para experimentos comunistas: la comunidad, de Bethel, en Missouri, prosperó de 1844 a 1880; la de Aurora, en Oregón, de 1856 a 1881. Ambas eran alemanas, comprendiendo un millar de personas la primera, y algunos centenares la segunda. Alemanes son también en su mayor parte los pobladores de las aldeas Amana en Iowa central (reconocidas en 1859), donde, según se dice, más de mil setecientas personas viven con holgura y felicidad. De la misma nacionalidad son los miembros de dos pequeñas pero bien organizadas e importantes comunidades católicas en Wisconsin: Saint Nazianz y Nojashing, ambas semimonásticas y bajo dirección eclesiástica.

La comunidad de Putney, en Vermont, y su vástago, la de Oneida en el oeste de Nueva York, tuvieron su origen en el país y se formaron con elementos norte-

americanos. Se desarrollaron inspiradas por John Humphreys Noyes, sacerdote ordenado cuyas ideas resultaban demasiado vastas y exaltadas para retenerlo dentro de una secta. En Putney (1836) sus discípulos constaban sólo de algunas familias afines; en cambio, la comunidad contaba con muchos secuaces diseminados que se llamaban «perfeccionistas,» pues aspiraban a la perfección de la vida cristiana. A raíz de las persecuciones emprendidas contra la comunidad en Putney por los feligreses de la iglesia ortodoxa, y en el deseo de organizar una comunidad mayor, los «perfeccionistas» se trasladaron a Oneida en 1848, y después de algunas luchas consiguieron prosperar considerablemente tanto en las labores agrícolas como en las industriales. Su número nunca excedió de trescientos. La colonia regíase de acuerdo a los principios cristianos, aunque sin tener un cuerpo definido de doctrinas. Establecieron igualdad completa entre los sexos, educando a los niños como hijos de la comunidad. La única mancha en sus prácticas fue el «matrimonio temporal,» eufemismo de «amor libre,» aunque bien la elevada espiritualidad de los asociados mantuvo sus relaciones sociales alejadas de un obscuro instinto animal. Para apaciguar la opinión pública abandonaron en 1879 el «matrimonio temporal» y restauraron poco después los derechos de propiedad privada. Por consejo de Mr. Noyes la comunidad convirtióse en una sociedad anónima. Aún existe en esta forma: la Oneida o Community Silver es el resultado de esta asociación.

Este diseño no agota la lista de comunidades «salvacionistas»; hay muchas otras que podrían mencionarse (tales como Hópedale, organizada en Massachussetts por el reverendo Addin Bellou en 1851, y la Cristian Commonwealth, instituida en Georgia por G. H. Gibson y el reverendo R. Albertson en 1896), fundadas por hom-

bres capaces y bien intencionados o establecidas por fanáticos o mentecatos (como Estero, fundada en Florida por Cyrus R. Teed en 1904 y denominada de los Koreshans, y House of David, organizada en Benton Harvon de Michigan, por «Benjamin y Mary» en 1904), que tienen escasa importancia, ya sea por su duración, sea por el número de sus miembros.

Hemos dado el nombre de «salvacionistas» a las comunidades antecedentes porque su propósito esencial ha sido la salvación del alma, considerando el comunismo sólo como un medio de alcanzar tal fin. Otro grupo considerable está formado por asociaciones que aplicaron el comunismo con un objeto puramente humanitario, como un sistema empleado para realizar la felicidad de la especie humana.

Robert Owen, el filántropo y magnate industrial inglés, se hizo cargo de la comunidad Harmony de Rapp en 1825; la llamó New Harmony y procedió a demostrar sus principios comunistas con abundante capital y novecientos adherentes. El experimento fracasó antes de cumplirse dos años. Aún más efímera fue la obra de los disidentes de New Harmony en Yellow Springs, en Ohio. Inspirado por las fogosas prédicas de Etienne Cabet, un grupo de franceses vino a este país en 1847 para establecer en Tejas una comunidad que debía llamarse Icaria. Esta primera Icaria no llegó a existir siquiera; pero el año siguiente Cabet trajo un nuevo contingente de secuaces, y fundó Icaria en Nauvoo, en Illinois, aldea que había sido abandonada por los mormones. Poco después los doscientos cincuenta colonos se dividieron en dos partidos. Cabet fue expulsado por la mayoría en 1856, falleciendo el mismo año en Saint Louis. Aquellos que con él se habían retirado de la comunidad establecieron otra en Cheltenham, cerca de Saint Louis; pero la sociedad se disolvió en 1864. Los colo-

nistas de Nauvoo se trasladaron poco después a una nueva Icaria en Iowa; pero entonces sólo quedaban pocos miembros, quienes se dividieron en dos partidos, uno joven y otro antiguo. La comunidad se liquidó en 1878, y cada partido inició una institución independiente, ninguna de las dos importante.

En su mayor parte las sociedades comunistas compuestas de personal norteamericano tuvieron su origen en la influencia de Charles Fourier, cuyas ideas diseminó en este país un libro de Albert Brisbane, *Social Destiny of Man* (Destino social del hombre) publicado en 1840. Más de treinta «falanges» partidarias de Fourier se establecieron en corto tiempo, siendo de dos años el promedio de duración de cada una. La famosa colonia de Brook Farm, frecuentemente considerada como uno de estos experimentos, tuvo en realidad un origen más noble y nacional. Fue resultado de la campaña de profunda reforma espiritual inspirada por el trascendental Club de Boston: club constituido en 1836 y que contaba entre sus miembros a Emerson, Thoreau, Hawthorne, Margaret, Fuller, Orestes, Brownson, George Ripley, Bancroft y otros hombres de nota. En 1841 George Ripley decidió dar una demostración práctica de esos elevados principios, y fundó la colonia de Brook Farm cerca de Boston. Algunos de los miembros del Trascendental Club le siguieron; y entre otras celebridades adhirió más tarde Charles A. Dana. Fuera de la colonia, Horace Greeley fue su acérrimo sostenedor.

Brook Farm es un rasgo magnífico en la historia norteamericana. Jamás se han congregado ni antes ni después hombres tan elevados en sus ideas, tan íntegros y tan sinceros, para ofrecer al mundo un experimento en fraternidad práctica, pues su vida social siguió al comienzo las normas de una fraternidad generosa más bien que las de un estricto comunismo. Sus miem-

bros se mantuvieron fieles a sus principios, y la disolución de Brook Farm no se debió a disensiones intestinas. La causa fue una sórdida falta de dinero; y la ruina no logró aplazarse convirtiendo la colonia en una falange de Fourier en 1844. Hawthorne se muestra severo al criticar la habilidad manual de los colonos; pero si bien es de presumirse que éstos no tardaran en aprender por qué lado del arado debe uncirse a los bueyes, las condiciones económicas ocasionaron la clausura de la colonia en 1846.

En 1843 un joven llamado Isaac Hecker había entrado a Brook Farm sin ser advertido. Su personalidad modesta y espiritual produjo buena impresión aun entre los miembros más intelectuales de la colonia, al paso que sus conocimientos de panadero fueron decididamente apreciados por todos. Nacido en una familia de tradiciones luteranas, el joven Hecker no estaba satisfecho con las doctrinas religiosas de Lutero, como no lo estaba tampoco en aquel período con ningún otro credo. Buscaba la luz espiritual, que no encontró en Brook Farm, y que persiguió vanamente en Fruitlands donde Bronson Alcott había fundado otra colonia, más trascendental y mucho menos práctica. Más tarde Isaac Hecker llegó a su meta espiritual al entrar en la Iglesia católica, en la cual encontró el secreto del éxito para el comunismo cuando, transformado en padre Hecker, estableciera la Paulist Society.

Unas cuantas líneas acerca de otros experimentos interesantes que no pueden clasificarse fácilmente. En California meridional se fundó una especie de Brook Farm polaco en 1877. Aproximadamente treinta escritores, artistas y otros hombres de genio, todos polacos, encabezados por madame Modjeska y sirviéndose principalmente de los medios pecuniarios de ésta, se reunieron para cultivar el suelo y labrar su propia felicidad en

aquel Edén bien anunciado. Entre ellos figuraba Henry Sienkiewicz, entonces desconocido para el mundo. La colonia se dispersó tan pronto como se agotara el dinero de madame Modjeska; pero tuvo el gran mérito de traer a madame Modjeska a América. Actualmente se reciben halagüeñas informaciones de la colonia teosófica llamada Universal Brotherhood establecida en Point Loma, cerca de San Diego, confirmando aquel dicho sobre California según el cual todo crece en ese suelo. También pueden mencionarse a los Roycrofterse de Aurora, en Nueva York, aunque esta colonia nunca fue del todo comunista, habiéndose desarrollado en forma comercial e individualista, especialmente desde la trágica muerte de Elbert Hubbard.

De este modo los clarines del individualismo derribaron siempre los baluartes de «ciudades amuralladas,» salvo algunos casos en que éstas descansaban sobre sólido fundamento religioso.

ALBERT R. BANDINI

(De *Inter-América* de Nueva York).

